

# LA DAMA DE LA GUERRA

MARIE BENEDICT

# LA DAMA DE LA GUERRA

Título original: *My Darling Clementine*

© 2020, Marie Benedict

Esta edición se publica mediante acuerdo con The Laura Dail Literary Agency a través de International Editors' Co.

Traducción: Carmen Amat

Diseño de portada: Music for Chameleons / Jorge Garnica

Fotografía de portada: Wikimedia Commons / © iStock

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

[www.planetadelibros.com.mx](http://www.planetadelibros.com.mx)

Primera edición en formato epub: septiembre de 2020

ISBN: 978-607-07-7120-0

Primera edición impresa en México: septiembre de 2020

ISBN: 978-607-07-7104-0

Este libro es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, compañías, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente. Cualquier semejanza con situaciones actuales, lugares o personas -vivas o muertas- es mera coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

# PRIMERA PARTE

## Capítulo uno

*12 de septiembre de 1908*

*Londres, Inglaterra*

Siempre he sentido que soy una chica diferente. Sin importar dónde viva o con quién me relacione, siempre he sentido que soy un ente aparte. Especialmente hoy.

El débil sol de inicios de septiembre se esfuerza por romper la oscuridad de la mañana fría. Los rayos pálidos iluminan la habitación cavernosa que me fue asignada por lady St. Helier, mi benefactora, y se estrellan contra el vestido de satén blanco que cuelga del maniquí, recordándome que me espera un interminable ritual durante el día.

Mientras palpo la elegante tela veneciana del corpiño de talle cuadrado delicadamente bordado, más fino que cualquier otro que haya usado antes, me invade una sensación de aislamiento más intensa que la que habitualmente siento. Anhele tener una conexión con alguien.

Busco la ropa que las criadas desempacaron de mi baúl y colocaron en los cajones de la cómoda y en el armario cuando llegué al número 52 de Portland Place, hace quince días. Pero no encuentro nada más que el corsé y la ropa interior que debo usar debajo del vestido el día de hoy. Solo entonces entiendo que las criadas debieron de haber empacado mis pertenencias en el baúl de viaje, para que me prepare para lo que vendrá más tarde. Tan solo pensar en ese «después» hace que me recorra un escalofrío.

Tras atarme por la cintura mi bata de seda gris, bajo de puntillas la gran escalera de la mansión de lady St. Helier. Al principio no sé con claridad qué es lo que estoy buscando, pero tengo una epifanía cuando ubico a una mucama trabajando en el salón de visitas. Está arrodillada frente a la rejilla de la chimenea.

El sonido de mis pasos asusta a la pobre chica y pega un salto.

—Buenos días, lady Hozier. ¿Puedo ayudarla en algo? —dice, limpiándose los dedos ennegrecidos en el trapo que cuelga de su mandil.

Yo titubeo por un segundo. ¿Pondré en peligro a esta chica si le pido ayuda? Sin duda lady St. Helier disculpará cualquier transgresión al protocolo que haga yo el día de hoy.

—De hecho, podrías serme de ayuda, si es que no te genero muchos problemas. —La disculpa hace que mi voz suene más pesada.

Después de explicarle mi enorme problema a la chica —su edad debe de ser cercana a la mía— ella sale corriendo por el pasillo trasero hacia la cocina. Al principio creo que no entendió mi petición o que pensó que estaba loca. Pero la sigo, y cuando se escurre a través de la duela de la cocina hacia la escalera de servicio, entiendo.

Hago un gesto de angustia por el ruido que hacen sus botas de trabajo cuando la chica sube por la escalera y camina por el pasillo del ático, donde se encuentran las habitaciones de los sirvientes. Espero. Aguanto la respiración y ruego en silencio para que su escándalo no despierte al resto de los trabajadores. Temo que si aparecen para realizar sus tareas matutinas y me encuentran en la cocina, alguno de ellos alerte a lady St. Helier. Cuando la chica regresa con un bulto en las manos —sin la compañía de ningún otro sirviente—, suspiro con alivio.

—¿Cuál es tu nombre? —pregunto, mientras alcanzo el bulto.

—Mary, señorita —contesta con una minúscula reverencia.

—Estaré en deuda contigo eternamente, Mary.

—El placer es mío, señorita Hozier. —Me sonrío como si estuviéramos conspirando, y me doy cuenta de que está disfrutando su papel en esta situación tan singular. Puede que prestarme su ayuda sea la única distracción que tenga en la monótona sucesión de sus días.

Mientras doy la vuelta y camino de regreso hacia la gran escalera, Mary susurra:

—¿Por qué no se cambia en la despensa, señorita? Es menos probable que la descubran que si sube por las escaleras. Yo me aseguraré de que su ropa sea devuelta a su habitación antes de que alguien lo note.

La chica tiene razón. Cada paso que diera por esa chirriante escalera principal me arriesgaría a que la señora de la casa y sus sirvientes me descubrieran. Tomo su consejo y entro a la despensa llena de frascos; entrecierro la puerta para asegurarme de que entre un poco de luz. Dejo que mi camisón y mi bata se deslicen y se acomodan alrededor de mis pies, en el suelo, y desato el bulto. Saco un vestido de flores sorprendentemente lindo, muevo mi cuerpo para que entre en esa prenda de algodón que roza el suelo y después me amarro las botas negras que Mary incluyó inteligentemente.

—Le queda muy bien, señorita Hozier —dice la chica cuando vuelvo a salir a la cocina. Mientras me entrega su abrigo colgado en la pared, me dice: —que Dios la ayude.

Me apresuro a salir por la puerta de servicio hacia la parte trasera de la casa y camino por un callejón que se extiende detrás de la fila de lujosas casas georgianas que se alinean sobre Portland Place. Paso por enfrente de las ventanas de las cocinas que comienzan a brillar con lámparas encendidas por sirvientes que alistan las casas para sus amos. Un mundo bullicioso se yergue detrás de las mansiones de lady St. Helier y sus amigos, pero como yo siempre entro por las puertas principales nunca antes había sido testigo de la algarabía que se vive en estas pequeñas callejuelas traseras.

El callejón desemboca en la calle Weymouth, donde se detiene un autobús. Se dirige al oeste de Kensington, y yo conozco bastante bien la ruta, pues la he tomado en la dirección contraria, hacia la casa de lady St. Helier, en varias ocasiones. El abrigo de lana de Mary es demasiado delgado para la mañana fresca, y mientras espero el autobús me envuelvo en él con la vana esperanza de extraer un poco más de calor de sus escasas fibras.

El sombrero sin adornos que Mary me prestó tiene solamente una pequeña visera, así que el disfraz de sirvienta no sirve mucho para esconder mi rostro. Cuando me subo al autobús el conductor me reconoce por las fotografías que han aparecido en los periódicos de los últimos días. Se me queda viendo, pero no dice nada al principio. Finalmente balbucea:

—Sin duda alguna está usted en el lugar equivocado, señorita... —Baja la voz hasta que se vuelve un susurro, al darse cuenta de que no debería revelar mi identidad— Hozier.

—Estoy precisamente donde debería, señor —contesto con un tono que espero que sea amable, pero firme. Sus ojos no dejan de observarme mientras toma el dinero de la tarifa que Mary me prestó de sus ahorros, y que planeo pagar con creces, pero no dice más.

Mantengo la mirada baja para esconder mi rostro de los curiosos que han sido alertados, por la reacción del conductor, de lo extraño que resulta mi presencia. Bajo del autobús en el momento en que se acerca a las Villas Abingdon, y me siento más ligera al acercarme a la casa color crema con el número 51. Cuando logro levantar la pesada aldaba de hierro la presión en mi pecho comienza a disminuir y respiro con facilidad. Nadie abre la puerta de inmediato, pero eso no me sorprende. Aquí no hay un grupo de sirvientes que esperan en la cocina, siempre listos para contestar el golpe de una puerta delantera o el sonido de la campana de un amo. Aquí un sirviente hace el trabajo de varios, y los habitantes de la casa hacen el resto.

Espero, y después de varios largos minutos mi paciencia es recompensada con una puerta abierta. Vislumbro el que parece el



rostro de mi querida hermana Nellie, aún arrugado por el sueño. Se apresura a darme un abrazo antes de que la sorpresa de verme se refleje en su cara y se congela.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí, Clementine? ¿Y con *esa* ropa? —me pregunta; su expresión es de incredulidad—. Hoy es el día de tu boda.

## Capítulo dos

*12 de septiembre de 1908*  
*Londres, Inglaterra*

El reconfortante aroma del té recién hecho llega a mi nariz, y dejo que el vapor me caliente el rostro y las manos. Nellie no me ha presionado para que conteste a su pregunta; todavía no. Sé que pronto insistirá en que le explique el porqué de mi inesperada visita; pero, por ahora, me entrego al silencio temporal de la habitación de visitas. Estos momentos de silencio a solas con mi hermana, aquí en casa, podrían ser lo que necesito para pasar este día.

—¿No estarás pensando en cancelar la boda, Clemmie? —Nellie interrumpe el silencio con un susurro trémulo. Ninguna de las dos desea despertar a un solo miembro de la casa, y menos aún a mamá.

—No, no, Nellie —le susurro, alcanzando su mano. Mis nudillos rozan la mesa en la que mi hermana y yo solíamos pasar horas cosiendo para el negocio de confección de nuestra prima Lena Whyte, lo cual tuvimos que hacer para ayudar con los gastos del hogar.

El alivio suaviza su rostro. No me había dado cuenta del terror que le provocaba la idea de que yo pudiera cancelar esta boda. Había sido cruel de mi parte no justificar mi presencia desde el principio.

—Nada de eso, querida. Solo necesitaba la familiaridad de mi hogar por un momento, para calmar mis nervios.

—¿Nervios de qué? ¿De la ceremonia de bodas? ¿O del hombre con el que te casarás? —Nellie, mi hermana menor y gemela de mi

único hermano, me sorprende con su astucia. Por mucho tiempo la había considerado joven e inexperta, ni siquiera cercana a la confidente que mi indomable hermana mayor, Kitty, habría sido si hubiera vivido más allá de los dieciséis años, si mi bella, valiente hermana no hubiera sucumbido a la tifoidea. No debería haber subestimado a Nellie.

Su pregunta despierta un recuerdo de cuando conocí a mi pretendiente. Fue una noche, en la mansión de lady St. Helier, el mismo lugar del que acabo de huir. Al principio había declinado la invitación de mi benefactora a cenar, en aquella fría noche de marzo. Mis vestidos apropiados para esa ocasión requerían algunos remiendos, y no tenía guantes blancos limpios. Me lamenté con mamá. Honestamente, mi larga tutoría de francés me había dejado exhausta, pero no me atreví a hablar con franqueza, pues mamá detestaba cualquier recordatorio de que nosotras, las chicas, necesitáramos contribuir al mantenimiento de la casa. Ella prefería creer que su título y su herencia aristocrática mágicamente nos proveerían los fondos para tener casa, comida y sirvientes; esto era una contradicción extraña con su fuerte perspectiva bohemía sobre la maleabilidad del compromiso matrimonial y su clara entrega a sus relaciones extramaritales y a otras cosas más, que ciertamente no incluían preocuparse por nosotros, sus hijos. Ella no iba a admitir excusa alguna para declinar una invitación de mi generosa y rica mecenas, quien era su tía, y además adoraba ayudar a las jóvenes a ingresar a la alta sociedad. Así que mamá me prestó sus propios guantes y el sencillo vestido de princesa de satén blanco de Nellie; y asistí diligente, aunque llegué un poco tarde a la cita.

Aun así, el invitado que estaba a mi derecha no había terminado de presentarse cuando la servidumbre sirvió el segundo de los cinco platillos. Había empezado a desesperarme con la conversación sobre los aburridos informes del clima de los que hablaba el anciano, a mi izquierda, cuando la puerta del salón se abrió de golpe. Antes de que el mayordomo pudiera anunciar al invitado

tardío, un hombre de rostro redondo con una media sonrisa algo tímida entró, ofreciéndole sus disculpas a lady St. Helier, antes de sentarse a mi lado en la ornamentada silla. Mientras las patas de su silla chirriaban ruidosamente contra la duela —lo cual ahogó la voz del mayordomo, que anunciaba su nombre—, el hombre llamó mi atención. Sus mejillas conservaban la suavidad de la infancia, pero en su frente pude ver las profundas marcas que dejan las preocupaciones adultas.

¿Quién era este caballero? Me pareció familiar, aunque no podía ubicar su rostro. ¿Lo habría conocido anteriormente en algún evento social? Habían sido tantos.

—Señorita, lamento cualquier contratiempo que mi demora le hubiera causado. Un asiento vacío en una cena formal no es un asunto sencillo de arreglar. Por favor, discúlpeme —dijo, mirándome a los ojos de una forma tan directa que me perturbó.

Desacostumbrada como estaba a tal forma de franqueza, la sorpresa me precipitó a una contestación brusca.

—No hubo tal inconveniente, caballero. Yo arribé tan solo un momento antes que usted, pues el trabajo retrasó mi llegada—. De manera inmediata lamenté mis palabras, puesto que las chicas de mi clase no debían tener un empleo.

Me miró perplejo.

—¿Tiene usted una profesión?

—Así es —contesté, un poco a la defensiva—. Soy instructora de francés. —No me atreví a mencionar la labor de costureras que también realizábamos Nellie y yo, aunque generaba buena parte de nuestro ingreso.

Sus ojos brillaron con entusiasmo.

—Eso es... eso es maravilloso, señorita. Tener un oficio y conocer algo del mundo es invaluable.

¿Lo decía en serio o se estaba burlando un poco? No supe cómo responder, así que decidí hilar la conversación con una respuesta inofensiva.

—Si así lo dice usted, señor.

—Claro que lo digo. Es refrescante. Y su inmersión habitual en el idioma francés y su cultura... ah, estoy celoso de eso. Siempre he sentido una sincera apreciación por las contribuciones culturales y políticas que Francia ha hecho a Europa, en particular el fomento a la libertad personal y los derechos del hombre.

Parecía honesto, y sus puntos de vista coincidían con los míos. Me arriesgué y respondí de la misma forma.

—Estoy completamente de acuerdo, señor. Incluso consideré estudiar el idioma francés, la cultura francesa y su política pública en la universidad. De hecho, la directora me alentó a hacerlo.

—¿En serio? —De nuevo, parecía sorprendido, y me pregunté si había sido demasiado franca sobre mis ambiciones juveniles. Yo no conocía a este hombre ni su visión del mundo.

Suavicé mis aspiraciones con un sentido del humor amable.

—Sí. Aunque al final tuve que conformarme con pasar un invierno en París, en donde asistí a algunas clases en la Sorbona, visité galerías de arte y cené con el artista Camille Pissarro.

—No es un consuelo menor —me respondió sonriéndome; sus ojos se detuvieron en los míos. ¿Imaginaba yo un atisbo de respeto en sus ojos azul claro? Bajo las tenues luces de las velas, el color de su iris pasaba de un aguamarina pálido al tono que adquiere el cielo cuando amanece.

Nos quedamos en silencio durante un instante, y pareció como si el resto de los invitados —una ilustre mezcla de figuras políticas, periodistas y una que otra peculiar heredera estadounidense— hubieran llegado también a una pausa en sus conversaciones. O quizá habían estado escuchándonos en silencio todo este tiempo. Me di cuenta de que había estado tan absorta en la plática con mi compañero de mesa que casi me había olvidado de los otros comensales.

El caballero tartamudeó por un momento, y para evitar la vergüenza regresé al pollo sobre mi plato, que para ese entonces ya se había enfriado bastante. Sentí sus ojos sobre mí, pero no le regresé

la mirada. Nuestro intercambio había sido inusualmente personal para un primer encuentro, y ahora yo no sabía qué decir.

—Discúlpeme, por favor, señorita. —Sus palabras llegaron inesperadamente.

—¿De qué, caballero?

—Por mi injustificable olvido de modales.

—No sé de qué habla.

—Una mujer como usted merece todas las cortesías. Me doy cuenta ahora de que no le ofrecí ni siquiera la más mínima presentación más allá del anuncio del mayordomo. Esto es particularmente intolerable, siendo que llegué demasiado tarde para las formalidades habituales. ¿Me permitiría presentarme?

Asentí ligeramente con la cabeza, preguntándome a qué se refería con «una mujer como usted». ¿Qué clase de mujer creía que era yo?

—Mi nombre es Winston Churchill.

«Ah», pensé con sobresalto. Eso explicaba por qué me era familiar su apariencia. Aunque yo recordaba que me lo habían presentado de manera fugaz varios años antes, no conocía su rostro por esa reunión social anterior, sino por los periódicos. El caballero sentado junto a mí era un prominente miembro del Parlamento y se rumoraba que pronto se convertiría en el presidente de la Cámara de Comercio, lo cual haría de él uno de los miembros más importantes del gobierno. Su ascenso en los rangos del liderazgo estuvo plagado de controversias, pues unos años atrás había pasado del partido conservador al liberal, favoreciendo el libre intercambio y un gobierno más activo en cuanto a las leyes que protegían el bienestar de los ciudadanos. Esto ocasionó una cobertura constante en los periódicos, incluyendo una larga entrevista en el *Daily Chronicle* a cargo del autor de *Drácula*, Bram Stoker, un par de meses antes.

Si recordaba correctamente, algunos años atrás este señor Churchill, de hecho, había votado a favor de la ley del sufragio fe-

menino, un asunto muy importante para mí. Durante mis años en la Escuela para Señoritas de Berkhamsted, la directora, Beatrice Harris, me infundió el gusto por la independencia femenina. Sus lecturas sobre el movimiento sufragista llegaron a oídos interesados pues, como yo había crecido con una madre que profesaba creencias no conformistas, pero que al mismo tiempo se apoyaba en su estatus aristocrático y sus contactos para mantenerse económicamente, quería abrirme un camino de propósitos y, de ser posible, de independencia. Y ahora, sentado a mi lado estaba uno de los pocos políticos que había apoyado públicamente el primer esfuerzo por el sufragio femenino. De pronto me sentí bastante nerviosa, pero al mismo tiempo entusiasmada.

El resto de la mesa se había quedado en silencio, pero mi compañero no pareció notarlo, porque se aclaró la garganta ruidosamente y continuó.

—Espero que el nombre de Winston Churchill no la espante. Estos días soy un paria en la mayoría de los hogares.

Un calor intenso se extendió por mis usualmente pálidas mejillas, no por sus palabras, sino por la preocupación de que mi ignorancia sobre su identidad me hubiese llevado a cometer alguna tontería. «¿Había dicho algo poco apropiado?», me pregunté mientras revisaba rápidamente nuestro intercambio. No creía haberlo hecho. De haber estado en mi lugar, Kitty habría manejado esta interacción con aplomo y humor en vez de con mis silencios incómodos y mi nerviosismo.

Me decidí por una respuesta.

—No, caballero, para nada. Encuentro su perspectiva bastante cercana a la mía y quedo encantada de conocerlo.

—No tan encantada como para decirme su nombre, supongo.

Mis mejillas ardieron aún más.

—Soy la señorita Clementine Hozier.

—Es un *verdadero* placer, señorita Hozier.

Sonríó al recordar esto. Antes de que pueda responderle a Nellie, su gemelo, Bill, entra a la habitación. Bill es mi hermano menor y aún conserva lo desgarbado de un muchacho de escuela, pese a su puesto como oficial de la Marina Real. Está a punto de morder una manzana enorme que cae de inmediato al suelo cuando me ve.

—¿Qué diablos haces aquí? Espero que no estés esquivando otro compromiso.

Poniéndome de pie, golpeo su brazo por la referencia no a uno, sino a dos prometidos míos abandonados —Sidney Cornwallis Peel, el nieto del ex primer ministro, sir Robert Peel, y Lionel Earle—, hombres con títulos nobiliarios o posiciones que prometían seguridad financiera, pero con quienes vislumbré una vida de serio decoro y escasas esperanzas de realizar un propósito personal. Aunque rehuí de la vida poco convencional que llevaba mi madre, entendí que no podía comprometerme con ninguno de estos buenos caballeros simplemente en nombre de la propiedad, pues yo anhelaba una vida significativa y, me atrevo a pensarlo, emocionante, aunque el decoro fuera un aliciente poderoso.

Nellie, Bill y yo estallamos en risas, y me siento extraordinariamente ligera. La pesada sensación de aislamiento que había sentido en las largas horas antes del amanecer se desvanece, y en la presencia de mis hermanos la marcha nupcial a mi nueva vida deja de parecer un viaje infranqueable. Hasta que mamá entra a la habitación.

Por primera vez desde que soy capaz de recordarlo, mamá se queda en silencio. No hay sermones prejuiciosos sobre sus temas preferidos, no hace una corrección en público de los errores que percibe, no hay un comentario hecho casi en voz baja pero audible sobre conocidos burgueses. Y, aún más increíble, soy yo —la menos favorecida y constantemente ignorada de todos sus hijos— quien ha dejado sin palabras a lady Blanche Hozier, quien nunca se amedrenta.



Nellie, la favorita, brinca en defensa mía.

—Clemmie vino solo para tomar el té y visitarnos brevemente, mamá.

Mi madre se yergue a toda su altura y encuentra su voz. Con un tono estridente y burlón, dice:

—¿Una visita? ¿Al amanecer? ¿En la mañana de su boda?

Nadie contesta. Tales preguntas no se formulan para ser contestadas.

Con su cabello rubio en mechones desaliñados adornando su todavía bellissimo rostro, nos observa fijamente por turnos a cada uno, y hace aún otra crítica disfrazada de pregunta retórica.

—¿Puede alguno de ustedes pensar en algo *menos* apropiado?

Casi resoplo riéndome de nuestra madre bohemia, que nunca sigue las restricciones de la sociedad, la Iglesia o la familia, pero que duda de la propiedad del comportamiento de sus hijos. Ella, cuyo comportamiento desde hace mucho ha ignorado las tradiciones del matrimonio y la crianza de los hijos debido a sus amoríos múltiples y simultáneos y sus largas ausencias. Y nosotros, quienes nos aferramos a la convención como si fuera una balsa de supervivencia en el mar del carácter tempestuoso de nuestra madre.

Al mirar de reojo a Nellie y a Bill reconozco las expresiones de vergüenza que comienzan a formarse en sus rostros, y me recuerdo a mí misma lo que significa este día. Para mí, para mi familia. En vez de someterme a la irritación de mamá y de esperar a que un remordimiento disipe su mal humor, hago que aparezca en mi propio rostro un aire de diversión. Hoy asumiré una responsabilidad poderosa, y este es mi primer esfuerzo por demostrar que el equilibrio ha cambiado.

—Por supuesto que no te molesta que tu hija haya hecho un breve viaje atravesando la ciudad para ver a su familia en la mañana de su boda, ¿verdad, mamá? —pregunto con una sonrisa. Intento sonar como la abuela, también llamada lady Blanche, quien, como la Stanley de Alderley residente del castillo Airlie que era, encarnó

todas las cualidades de fuerza y asertividad por las que son conocidas las matriarcas Stanley, incluyendo la educación femenina. No es que mamá siguiera sus pasos en cuanto a sus creencias personales, ella es poco ortodoxa en todos los temas, menos en lo que se refiere a la educación femenina. No puedo entenderlo, pero supongo que se debe a que la atención de mamá se centra en sus relaciones con los hombres, quienes en su mayoría consideran vulgar la educación femenina.

Al principio mamá no contesta, desacostumbrada como está a que se le rete. Finalmente habla con un tono forzado y pausado.

—Claro que no, Clementine. Pero en una hora pediré que una berlina te recoja y te lleve de vuelta a casa de lady St. Helier para que te alistes. Después de todo, habrá más de mil personas observándote caminar por el pasillo nupcial.

## Capítulo tres

*12 de septiembre de 1908*

*Londres, Inglaterra*

Pasa una hora sobre el reloj de la repisa y aún estoy sometida a la ayuda de la sirvienta personal de lady St. Helier. Mientras se ocupa de mi cabello, haciendo que los pesados mechones castaños se acomoden en un elaborado copete, examino mi rostro en el espejo. Mis ojos almendrados y mi perfil, que han sido descritos por otros frecuentemente como «romanos» o «bien esculpidos», lo que sea que eso signifique, lucen igual que cualquier otro día. Sin embargo, el día de hoy no se parecen a ningunos otros.

Observo los minutos correr en el reloj, casi incrédula de que la mayoría de las mujeres que conozco pasen una significativa parte de sus días en alguna versión de este proceso. Desperdician horas mientras sus sirvientas las asisten para cambiarse un atuendo por otro, un peinado por otro, mientras van de una reunión social a la siguiente. El estilo de vida de mamá, errante y frecuentemente mezquino, hizo que yo tuviera que realizar todas las tareas de las sirvientas en las ocasiones en las que fui invitada a un evento que requiriera un atuendo formal y un peinado complejo, pero la mayoría de las veces yo usaba un sencillo blusón de cuello atado con corbata, una falda y un peinado básico. Ahora sé que, aun cuando mi vida futura como la señora Churchill me permitiera una gran cantidad de sirvientas personales, no quiero gastar mi tiempo de esta frívola manera.

Un destello de luz solar se refleja en el gran rubí del centro de mi anillo de compromiso. Muevo mis dedos, haciendo que la luz caiga y baile sobre las caras del rubí y de los diamantes que lo franquean, mientras recuerdo la propuesta de matrimonio de Winston. En el espejo veo una sonrisa que se curva en mis labios con el recuerdo.

A mitad del verano, las invitaciones para visitar a Winston en el palacio Blenheim, una de las casas más grandes de Inglaterra y la única que se designa palacio pese a no pertenecer a la realeza, comenzaron a llegar a raudales a nuestra casa, en las Villas Abingdon. Blenheim era de un primo y gran amigo de Winston, el duque de Marlborough, que se hacía llamar Sunny por uno de sus títulos —conde de Sunderland—, y Winston iba a pasar ahí parte del verano. Al principio me negué, no por una resistencia a verlo, sino por la desgracia de que yo no poseía los vestidos adecuados que se requerían para tan especial ocasión.

Sus invitaciones continuaron hasta que no pude rehusarme sin desairar al hombre de quien, de forma inesperada, me había vuelto tan cercana. Las cartas y las visitas de Winston en los últimos cuatro meses habían revelado que era una compañía maravillosa, nada cercano al áspero crítico que los periódicos decían que era. En las copiosas misivas que me escribió durante un viaje que hice a Alemania en compañía de mamá para traer de regreso a Nellie después de un tratamiento contra la tuberculosis, él rebosaba esa clase de entusiasmo e idealismo que también yo sentía hacia la política, la historia y la cultura. En su compañía me sentía atraída hacia la acción, como si me estuviera convirtiendo en un engrane esencial del núcleo de Inglaterra.

También compartía otra similitud con él: la sensación de soledad en el mundo. Ambos habíamos sido criados por madres poco convencionales y poco afectuosas: la mía, que había entrado en una

unión desdichada con el coronel Henry Hozier antes de comprometerse en amoríos quizá más felices con varios hombres que procrearon a sus cuatro hijos, antes de divorciarse de mi padre, dejando nuestra crianza en manos de la servidumbre; y la suya, la exquisita heredera de nacionalidad estadounidense, lady Randolph Churchill, Jennie Jerome de nacimiento, cuyo número de amoríos competía con el de mamá, y quien dejó la crianza de Winston y de su hermano menor en manos de su querida niñera Everest. Nuestros padres —si es que pudiera llamársele así al exesposo de mamá, tomando en cuenta su incierto parentesco conmigo y nuestros escasos encuentros en los años que siguieron al divorcio— interpretaron papeles aún más nimios que los de nuestras madres; parece ser que lord Randolph, en particular, despreciaba abiertamente al mayor de sus hijos y durante el poco tiempo que pasaban juntos lo criticaba con frecuencia. Winston y yo habíamos sido abandonados a un estado de incertidumbre sobre nuestro lugar en la sociedad y en las relaciones. Pero, para nuestro placer y sorpresa, esa sensación desaparecía cuando estábamos juntos.

Mi nerviosismo por visitar Blenheim crecía mientras el tren atravesaba el verde paisaje con sus ondulantes colinas y se acercaba al palacio, del que se rumoraba desde hacía mucho que era uno de los más lujosos, fuera de las propiedades que poseía la familia real. ¿A qué me iba a enfrentar en esa magnífica casa? Winston no me había dado detalle alguno de los planes para el fin de semana, solo había mencionado que su primo estaría presente —aunque la esposa de este, Consuelo, no lo estaría, puesto que estaban divorciándose—, lo mismo que su madre, lady Randolph, a quien, como mamá se había encargado de recordarme, yo había conocido brevemente en varias situaciones sociales anteriores. Estaba emocionada de ver a Winston, aunque me sentía insegura por el resto de la compañía.

Una berlina llegó por mí a la estación, y tras recorrer un buen trecho del camino, el chofer gritó hacia mí:

—¡En breve atravesaremos las rejas de Ditchley, señorita!

Cuando miré por la ventana, una ornamentada reja de hierro forjado, flanqueada por una enorme entrada labrada en piedra, se alzaba frente a nosotros. Cuando un portero salió de una caseta para abrir la imponente entrada, vislumbré un largo camino bordeado por hileras de tilos, que atravesaba una vasta extensión plana. «Sin duda», pensé, «este debe ser el camino al palacio». Pero a medida que lo recorriamos, pasamos sobre un puente que cruzaba un lago serpenteante y luego por varias otras grandes construcciones, ninguna de las cuales parecía ser nuestro destino. «¿Cuándo llegaremos al palacio Blenheim?», me preguntaba. Mis nervios estaban tan tensos que me sentía a punto de reventar.

El chofer se volteó de nuevo y me gritó:

—¡Estaremos en la entrada principal en un momento, señorita!

«Ah», pensé, «gracias a Dios que ya casi estamos ahí». Me alisé la falda y me acomodé el cabello y el sombrero para asegurarme de que todo estaba en su lugar. La superficie del camino cambió, y di la bienvenida al crujido de las ruedas sobre las piedras como una señal de que al fin habíamos llegado al palacio. La berlina atravesó un pequeño arco tallado sobre una pared de piedra caliza, y mientras el carruaje se sacudía hasta detenerse, me preparé mentalmente.

Cuando por fin descendí de la berlina me encontré con un gran patio frente a la casa más grande que yo hubiera visto jamás. Un pórtico ancho y lleno de pilares se erguía en el centro, bordeado de estatuas y tallados de figuras bélicas, y dos vastas alas se extendían en mi dirección desde ambos lados. De la nada aparecieron cuatro sirvientes que se apresuraron hacia mí, tomaron mis maletas y me guiaron escaleras arriba, hacia las imponentes puertas principales de Blenheim.

Subí por los empinados escalones, con el corazón acelerado, tanto por el esfuerzo como por la emoción, y las puertas del gran salón se abrieron mágicamente mientras yo me acercaba. Tan pronto como entré vi que Winston estaba de pie entre una fila de

amigos y familiares —o al menos supuse que eran amigos y familiares, ya que lady Randolph se encontraba cómodamente entre ellos—, debajo del enorme arco, en los lejanos confines del salón, que parecía interminable, y todos me esperaban para darme la bienvenida. Los únicos que faltaban eran el querido hermano de Winston, Jack, y su nueva esposa, lady Gwendoline Bertie —cariñosamente apodada Goonie—, quienes se habían casado hacía poco y estaban de luna de miel. ¡En nombre del cielo!, ¿qué tenía planeado Winston?

Mis tacones resonaron a través de la vasta extensión de losas de mármol negro y blanco mientras caminaba hacia mis anfitriones. Me estremecí cuando el sonido ocasionó el eco bajo el techo adornado con frescos, de unos veinte metros de altura, y alrededor de los enormes pilares que soportaban los arcos abovedados que revestían el salón. La amplia sonrisa de Winston no flaqueó una sola vez, y mi mirada se concentró en su rostro radiante en lugar de en las intimidantes obras de arte, esculturas y armas antiguas entre las que pasé, elementos todos de la historia familiar de Winston.

Dio un paso al frente y colocó una mano firme y tranquilizadora sobre la mía, mientras me presentaba a quienes no conocía: su primo Sunny, su cercano amigo personal y político F. E. Smith y su esposa, y un secretario de la Cámara de Comercio, entre ellos. Después insistió en que me retirara a mi habitación para prepararme para la cena y que me llevara a dos de las sirvientas de su madre. Me sonrojé cuando me di cuenta de que alguien en su grupo debió haber notado que yo no tenía una sirvienta personal y que él se había apresurado a resolver mi vergüenza.

Mientras las sirvientas desempacaban mis maletas di un paseo alrededor de la habitación de techos increíblemente altos adornada con una cama con dosel japonés de cuatro postes; me asombró encontrar la chimenea encendida pese al cálido clima de agosto, una indulgencia innecesaria. En apenas unos minutos las sirvientas se acercaron a mí con peines, cepillos y horquillas, listas para

crear un peinado de moda con mi chongo simple. Quizá concentraron sus esfuerzos en mi cabello cuando se dieron cuenta de que había muy poco que hacer con mi limitado guardarropa.

Desde el momento en que crucé la puerta hacia la sala del comedor de Estado, pasando los largos murales y tapices que celebraban los éxitos militares de Marlborough y los retratos familiares de celebrados artistas, como sir Joshua Reynolds, John Singer Sargent y Thomas Gainsborough, fui incapaz de recordar a la joven mujer equilibrada y conversadora que había sido con Winston durante los últimos meses. Me sentía como una impostora en su mundo. Me sentí intimidada por los constantes recordatorios de la importancia histórica de los Churchill y por las bromas cómodas entre Winston, su madre y Sunny, así que me permití retraerme y mantenerme al margen. Era un viejo hábito de los días en que Kitty seguía viva y yo miraba desde las sombras cómo mi hermosa hermana podía mantener cautivada una habitación entera con su inteligencia y encanto.

Cuando los hombres y las mujeres se separaron después de cenar, Winston se me acercó. Temí que expresara preocupación, incluso decepción, por mi silencio durante la comida, pero en cambio me pidió perdón.

—Mi querida Clementine, ¿podrás disculparme por monopolizar la conversación durante la cena? Hablé muchísimo con mi madre y Sunny, no hubo manera alguna de que participaras.

Intenté recordar la naturaleza exacta de su larga discusión, ya que me habían distraído un poco los muebles y los frescos del salón de la cena. La charla se había centrado en la inminente reunión entre el rey Eduardo y el káiser Guillermo sobre el crecimiento del tamaño de la flota naval de Alemania, y yo busqué un comentario apropiado.

—Por favor, Winston, no es en lo más mínimo necesaria una disculpa. Estaba intrigada por tus reflexiones sobre la expansión naval y los esfuerzos de Alemania por rivalizar con la Fuerza Naval



Inglesa. Estoy completamente de acuerdo en que nuestro país debe mantener su dominio y no permitir que Alemania nos rete.

Una amplia sonrisa envolvió su rostro entero.

—Esa es una de las cosas que amo de ti, Clementine. A diferencia de la mayoría de las mujeres jóvenes, cuyos párpados se cerrarían durante tal conversación, tú escuchas, entiendes y te vinculas con los temas importantes de nuestros días. Tu intelecto es muy atractivo, como lo es la nobleza de tu pensamiento.

Aunque entendí y aprecié que me había hecho varios halagos, mis pensamientos se fijaron en una sola palabra: *amo*. ¿Había dicho él «amo»? Ninguno de nosotros había usado esa palabra anteriormente. No respondí —no podía—, solo asentí y lo miré con ojos bajos.

—Digo que —anunció con lo que era su técnica para susurrar, en absoluto silenciosa—, vayamos a caminar por los jardines de rosas de Blenheim mañana temprano, para que veas si justifican su reputación. También puedo prometerte una visión panorámica del lago.

—Me encantaría —contesté.

—Maravilloso —dijo él, estirándose para acariciar suavemente mi mano—. ¿Digamos a las diez de la mañana en el desayuno?

Asentí y nos dimos las buenas noches. Sentí mi paso más ligero y estaba un poco embelesada cuando me reuní con lady Randolph y lady Smith para el postre, con la esperanza de rectificar la impresión deslucida que había causado anteriormente en ellas.

A la mañana siguiente dieron las diez de la mañana, y las once se acercaban rápidamente sin que Winston apareciera, ni nadie más en su lugar. ¿Dónde, por el amor de Dios, podría estar? ¿No habíamos acordado dar una vuelta por los jardines de rosas a esa hora? Yo ya había comido del copioso banquete que se ofrecía, seleccionando huevos escalfados, fresas de verano con crema y un té fuerte, y estaba de pie frente a una fila de ventanas, mirando por encima de los arreglados jardines de Blenheim, cuando alguien finalmente entró al desayuno.

Al dar la vuelta ante el sonido de los pasos esperaba encontrar a un Winston avergonzado. En cambio, un conmocionado Sunny estaba de pie bajo el arco de la entrada del desayunador, y su expresión me dijo todo lo que necesitaba saber sobre el paradero de Winston, pues él ya me había confesado su hábito de trabajar hasta la luz del alba para después descansar hasta el mediodía. Winston seguía dormido. Yo estaba furiosa con él por ponerme en esta posición incómoda. Comencé a caminar para salir de la habitación sin decir una palabra, sin importar que estuviera frente al duque de Marlborough.

—Señorita Hozier, he sido enviado a invitarla a dar un paseo por la propiedad —me dijo Sunny, cubriendo a su querido amigo y primo—. Winston ha quedado inevitablemente preso. El trabajo, como usted sabe. —Mi rostro debió registrar mi incredulidad, pero Sunny continuó abriéndole camino—. Él espera que puedan reunirse mejor a la una de la tarde. Debería haber acabado su trabajo para entonces, y de todos modos es la hora ideal para observar las rosas.

La brecha entre la manera como quería actuar y la manera como debía hacerlo se hizo más ancha. Aunque me sentía humillada, era una invitada del estimado hombre que estaba de pie frente a mí, y sentía un cariño profundo por el que seguía dormido. Decidí contestar cordialmente, pero dejar en claro mis expectativas.

—Eso sería encantador. Pero ¿puedo suponer que veré a Winston en el gran salón a la una en punto?

Sunny me vio directamente a los ojos con una mirada que me pareció de aprecio. Con un asentimiento empático, dijo:

—Se lo puedo prometer.

Cuando descendí por la gran escalera de mármol adyacente al gran salón un minuto después de la una, Winston ya estaba esperándome, y su rostro mostraba esa expresión avergonzada que yo había imaginado unas horas antes. Mientras me acercaba, me enderecé para resaltar mis 1.70 metros de estatura, lo que me hacía

un poco más alta que Winston. Quería que entendiera que esperaba de él respeto y consideración.

Tomó mis manos entre las suyas y dijo:

—Siento como si siempre estuviera pidiéndote disculpas.

—A veces lo haces cuando no es necesario —contesté, queriendo que él entendiera con mi énfasis en «a veces» que esta no era una de esas ocasiones.

—Aun así, mi comportamiento requiere que haga ciertas enmiendas —medio afirmó, medio preguntó.

—Sí —dije, pausando para dejarlo a la espera de mi veredicto—. Pero te disculpo.

Su alivio fue audible.

—¿Nos aventuramos hacia los jardines?

Sonreí para indicar que el incidente había quedado atrás y caminamos a la parte trasera del palacio, atravesando una puerta común y corriente que llevaba a un cerro. Con mi mano en su brazo salimos hacia la luz dorada de la tarde de verano. Mientras paseábamos por su extensión hacia un camino bien delineado, Winston me compartió algo de la historia de la creación del palacio Blenheim y sus alrededores, que fueron entregados por la reina Anna al primer duque de Marlborough, en 1704, como un agradecimiento por guiar a los ingleses hacia la victoria sobre los franceses.

—Se dice en mi familia que, a petición del cuarto duque de Marlborough, el arquitecto paisajista Capability Brown acordó realizar el trabajo de diseñar el parque de Blenheim, en 1763, con la esperanza de terminar el proyecto en tan solo un par de años. Se quedó diez.

—¿Capability? Qué nombre.

—Pobre tipo. Su nombre real era Lancelot, aunque no entiendo por qué pensó que era mejor que lo llamaran Capability.

Estallé en una risa franca que Nellie y Bill con frecuencia me decían que era una carcajada. Mamá odiaba mi risa y con frecuencia me advertía que la moderara en público. Pero Winston se rio

conmigo, y yo presentí que él, de hecho, disfrutaba mi poco delicado rugido.

Continuó.

—Para el momento en que el pobre Capability acabó había plantado miles de árboles, creando un verdadero bosque que parece perfectamente natural, pero que de hecho es un hábil artilugio. Con un uso inteligente de diques creó también el Gran Lago, que puedes ver a tu derecha, y la Gran Cascada, una de las más exquisitas que yo haya visto jamás. Tendremos que explorar esa parte otro día.

—Eso sería maravilloso. Los jardines son imponentes, Winston —dije, apretando su brazo—. Y están maravillosamente conservados, aun cuando fueron creados en el siglo XVIII.

—Bueno —dijo él, aclarándose la garganta—. El crédito de la restauración de los alrededores de Blenheim puedes otorgárselo a Sunny. Estaban en un estado deplorable hasta que él se hizo cargo.

«Con el dinero de Consuelo», pensé en silencio. Había escuchado rumores, por supuesto, sobre la historia del matrimonio de Sunny con la heredera estadounidense Consuelo Vanderbilt, quien se casó con él en 1885, ante la insistencia de su madre. Ninguno de los dos sentía cariño particular por el otro, y para 1906 el fin de su vínculo había sido inevitable. Pero pese a que los periódicos publicaban reportajes malintencionados sobre su separación, Sunny me parecía un tipo afable, y Winston sencillamente lo adoraba.

Paseamos tranquilamente por el camino en un cómodo silencio. Winston señaló un área del lago donde había pescado su primera presa, con la ayuda de su querida nana Everest. Aunque Blenheim le pertenecía a Sunny, y no a Winston, su apego a la propiedad era inconfundible. Su historia personal se entretejía con ella. Él había nacido en esa casa, después de todo.

Ninguna casa ejercía tal poder sobre mí. De vez en cuando el aspecto de una casa o de otra podía recordarme alguna de las que habíamos alquilado en Londres, o la casa de Dieppe que habitamos

durante casi un año. Pero estas eran casas, no hogares, residencias temporales que eran descartadas cuando mamá quería pasar una temporada fuera. O cuando una nueva relación requería un cambio de escenario.

Un rayo fucsia y carmesí apareció cuando doblamos una curva del camino. Mi mano soltó el brazo de Winston y caminé hacia un rosal robusto y lleno de flores abiertas. Al inclinarme para inhalar el aroma poderoso y fragante sentí el brazo de Winston deslizarse por mi cintura encorsetada y temblé de placer. Nunca antes me había tocado, excepto mi mano y mi brazo, a menos que estuviéramos bailando. Y eso, por supuesto, había ocurrido frente a la mirada de la sociedad.

De pie, di la vuelta para mirarlo. Sus mejillas se sonrojaron, más que cuando estábamos caminando.

—Clem, Clem... —tartamudeó, un rasgo que surgía en él cuando se ponía nervioso.

Sin previo aviso, sin siquiera una sombra originada por nubes oscuras, sonó el rugido de un trueno. Ambos miramos hacia arriba. Una formidable masa negra se había formado al norte y amenazaba con cubrir el cielo.

Tomó mi mano.

—Lo mejor será que caminemos aprisa de vuelta a la casa. Estas tormentas de verano pueden ser feroces.

Tomados de la mano, comenzamos a caminar rápidamente hacia Blenheim por el camino que habíamos recorrido cuesta abajo apenas unos momentos antes. ¿Qué era lo que Winston había estado a punto de decir? Parecía que iba a ser algo importante, a decir por sus mejillas sonrojadas y el tartamudeo de mi nombre. ¿Sería posible que hubiera planeado decirme sus intenciones? «Sin duda es demasiado pronto para una propuesta de matrimonio», pensé. Apenas nos conocíamos desde hacía unos cinco meses, un cortejo de palabras escritas en cartas intercaladas con varias visitas, siempre en compañía de otros y con frecuencia interrumpidas por viajes, el

mío a Alemania y los de él a locaciones mucho más lejanas, exigidos por el trabajo.

La lluvia cayó desde las nubes con suavidad al principio y después se convirtió en un torrente. Corrimos por el camino hasta que Winston me jaló de la mano y nos desviamos hacia una pequeña estructura. Me di cuenta de que era un templo griego no muy grande, con cuatro columnas jónicas que sostenían en lo alto un frontón triangular. Había una banca de mármol entre ellas y Winston me hizo un gesto para que me sentara.

—El templo de Diana —me explicó con un ademán de la mano que recorrió el interior de la pequeña estructura, decorada con placas de piedra con imágenes de la diosa, mientras se sentaba a mi lado—, construido como una locura a finales del siglo XVIII para la diosa romana de la luna, la caza y... y... —su tartamudeo tomó el control brevemente antes de que pudiera terminar— la castidad.

Winston me entregó un pañuelo y soltamos una risita mientras nos secábamos el rostro. La lluvia caía a mares sobre el techo del templo y nosotros nos relajamos en el cobijo de sus muros. El templo ofrecía una buena vista del Gran Lago a través de los árboles, pero en vez de comentar algo al respecto, guardé silencio. Esperaba que Winston regresara al tema que previamente había interrumpido.

Una araña se arrastraba por el suelo del templo lleno de hojarasca y yo me concentré en su camino no lineal para calmar mis nervios. De reojo noté que las mejillas de Winston estaban de nuevo encendidas, pero decidí quedarme en silencio y esperar a que él hablara primero.

Finalmente se aclaró la garganta.

—Clementine.

Alcé la mirada del suelo y encontré sus ojos.

—¿Sí? —dije, con una sonrisa cálida y un gesto alentador.

—Desde que era niño he tenido un certero presentimiento de que mi futuro y el de la Gran Bretaña están conectados de forma indisoluble. De que en algún momento me llamarían para rescatar

a nuestra nación en tiempos de tremenda confusión. —Sus mejillas enrojecieron aún más—. Probablemente creas que tengo un delirio de grandeza y quieras salir huyendo de aquí.

Me apresuré a reiterarle mi apoyo, con cuidado de no revelar mi decepción ante lo que, me quedaba claro, no podía ser el prelude de una propuesta matrimonial.

—En absoluto, Winston. Admiro tu compromiso con nuestro país.

Apenas me permití pensar en lo emocionante que sería, si es que algún día nos casábamos, comprometerse en esta gran tarea con él. Deseaba profundamente la resolución de un matrimonio tradicional y estable con este hombre, tan distinto al vacío de la vida bohemia que mamá llevaba con sus constantes cambios de vivienda, finanzas y atención, producto de los caprichos de su variada lista de relaciones. Sin mencionar lo significativa que sería una vida con Winston, comparada con la de los otros hombres con quienes me había comprometido antes.

El rubor de sus mejillas se desvaneció y volvió a su natural blancura.

—Ay, Clementine, me siento tan aliviado de que lo entiendas. Espero que también entiendas mi necesidad de tener a una mujer fuerte y noble a mi lado —me dijo con una mirada de esperanza.

Parecía estar esperando una respuesta, pero yo no era capaz de contestar. Creí que estaba ideando alguna clase de petición, incluso me atreví a esperar que me propusiera matrimonio. Pero declarar la necesidad de «tener a su lado una mujer fuerte y noble» difícilmente se equiparaba a pedir la mano de alguien. De cualquier manera, no quería desalentarlo, en caso de que hubiera una propuesta escondida en sus palabras, así que volví a hacerle un gesto de aliento y esperé en silencio.

Volvió a aclararse la garganta y empezó a hablar.

—En estos últimos meses me he encariñado mucho contigo. Más que eso, mucho más. Me atrevo a decir que me he enamorado

de ti, Clementine. —Hizo una pausa, después, con un brillo en los ojos, preguntó—: ¿Será que sientes lo mismo?

Por fin había dicho las palabras que tan largamente había esperado oír. Examiné a este hombre, una década más grande que yo y un miembro importante, aunque controversial, del Parlamento, y vi a la persona sensible que había debajo de su coraza exterior, un hombre que entendía y compartía conmigo la sensación de ser distinto. En ese momento supe con total certeza que podía construir una vida con él. No sería una vida sencilla —no, sería una vida de esfuerzo y ambición—, pero podía ser importante y repleta de sentido.

—Sí, Winston —contesté, sintiendo cómo se me ruborizaban las mejillas con una oleada de emociones. En mis dos compromisos fallidos nunca, ni una vez, confesé amor por esos caballeros, puesto que nunca sentí una oleada de emociones por ninguno de ellos. Lo que sentía por Winston era completamente diferente y mucho más poderoso.

—Ay, Clementine, no puedes saber lo feliz que me haces. —Tomó mi mano entre las suyas y respiró profundo—. Sé que nuestro noviazgo ha sido breve, pero me pregunto si me harías el honor de convertirte en mi esposa. No será un matrimonio ordinario, sino uno magnífico.

Sin esquivar su mirada intensa, contesté sin dudarle:

—Seré tu esposa, Winston Churchill.